

LA CORONA VACÍA¹

En junio de 2006, la realeza de veinticinco países se congregó en Bangkok para celebrar el sexagésimo aniversario del reinado de Bhumibol Adulyadej. Las festividades culminaron el 9 de junio con una magnífica ceremonia en el río en la que cincuenta y dos tradicionales barcazas de madera, engalanadas en sus proas con imágenes doradas de deidades y bestias míticas, conducidas por más de dos mil remeros, surcaron las aguas del río capitalino, el Chao Phraya. La multitud, en torno al millón de personas, la mayoría con ropas amarillas –los tailandeses codifican los días de la semana por colores, y el rey nació un lunes–, se alineaba en las orillas del río. Muchos lucían bandas conmemorativas para la ocasión con el eslogan «Amamos al rey» escrito tanto en tailandés como en inglés. El monarca con el reinado más longevo de la historia, vestido con una túnica de color dorado pálido, fue recibido con veintiún disparos al aire, fuegos artificiales, banderas y música festiva. Era la imagen de la perfecta armonía monárquica; el genio tailandés para la hospitalidad y la ostentación había acaparado la atención de los medios de todo el mundo, al tiempo que el propio rey no sólo era amado por todos sino que además era profundamente respetado por su brillante virtud, sabiduría, sinceridad y modestia personal.

Sin embargo, muchas cosas olían mal en el Estado de Tailandia. El espectáculo de unidad nacional era en sí mismo una maniobra dentro de la amarga y trascendente lucha de poder abierta entre el Palacio y el primer ministro, Thaksin Shinawatra, el controvertido magnate de las telecomunicaciones, elegido por aplastante mayoría bajo la nueva constitución de 1997. De igual manera, las ubicuas camisetas amarillas contenían una elevada carga política. La novedad de llevar ropa amarilla irrumpió en septiembre de 2005 cuando el barón de los media y antiguo defensor de Thaksin, Sondhi Limthongkul, comenzó a movilizar la resistencia popular contra el primer ministro en diversos mítines. Las camisetas amarillas en las que se podían leer las proclamas de «Amamos al rey» y «Luchemos por el rey» se convirtieron en un símbolo del movimiento anti Thaksin. Thak-

¹ Paul Handley, *The King Never Smiles. A Biography of Thailand's Bhumibol Adulyadej*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2006, 499 pp.

sin trató de desviar su simbolismo adoptando él mismo este color a finales de noviembre de 2005, haciendo una llamada a todos los tailandeses a vestirse con camisetas amarillas para celebrar el aniversario del monarca y rendir pleitesía a la corona. Pero el tiro le salió por la culata. En 2006, tras el escándalo en que se vio envuelto a raíz de la venta de la red privatizada de telecomunicaciones, gran parte del país comenzó a vestir prendas que comportaban un implícito rechazo al primer ministro. En febrero de 2006, Thaksin anunció en su programa de radio de los sábados que dimitiría a la menor insinuación del rey, si bien posteriormente ignoró múltiples señales en este sentido.

Las celebraciones del sexagésimo aniversario de Bhumibol representaban un paso más en la disputa por la legitimidad del poder declarada entre ambos protagonistas, que desembocaría en el inexorable triunfo del rey. El 23 de junio, Thaksin escribió una carta de máxima confidencialidad dirigida al presidente Bush en la que afirmaba que determinados grupos de interés en Tailandia «al no haber conseguido provocar la violencia y el desorden» estaban «intentando en estos momentos cooptar la voluntad de la gente a través de diversas tácticas anticonstitucionales». El 30 de junio acusó públicamente a una «persona carismática», aunque sin especificar quién, de realizar maniobras para desposeerle de su cargo; de manera generalizada se asumió que el comentario hacía alusión al propio rey. La lucha por el poder culminó con el golpe de Estado del 19 de septiembre de 2006 que conllevó la abolición de la Constitución y el derrocamiento de Thaksin, bajo la acusación de que su gobierno había mostrado una persistente falta de respeto hacia la monarquía próxima a un crimen de lesa majestad. Los partidarios del rey ataron lazos amarillos a armas y a tanques, reconociendo que el golpe de Estado se había gestado a instancias de Palacio. La Junta procedió a nombrar primer ministro interino a Surayud Chulanont, miembro del Consejo del rey. El reverenciado monarca, el semidivino *dhammaraja* budista, era un actor de primer orden en la política del país.

¿Quién es Bhumibol? La biografía de Paul Handley es, notablemente, el primer estudio serio e independiente realizado sobre el rey. El libro es fruto del trabajo de doce años, la mayoría de ellos como corresponsal en Bangkok para *The Far Eastern Economic Review*. El hecho de que un extranjero de reconocida credibilidad –sobre todo, estadounidense– conocedor del tailandés, publique un largo y meticuloso análisis crítico del monarca, y con Yale University Press, no es baladí, ya que tal escenario constituye la peor de las pesadillas para los guardianes de la dinastía Chakri. La existencia de estrictas leyes contra los crímenes de lesa majestad, que comportan condenas de hasta quince años de cárcel, limita toda discusión pública en torno a la corona. Las autoridades tailandesas anhelaban con inquietud que la editorial se abstuviera de publicar el libro. El secretario del gabinete, Borwornsak Uwanno, viajó a Estados Unidos para reunirse con ex alumnos de Yale como George H. W. Bush y contactó con uno de los despachos de abogados más importantes de Estados Unidos. El dictamen legal concluyó que la publicación no podía evitarse pero,

como concesión, Yale retrasó el lanzamiento del libro desde mayo hasta junio de 2006, una vez concluidas las celebraciones reales más importantes. A raíz de la publicación, Handley sabe que nunca le permitirán volver a entrar en el país.

El libro es, pues, catártico, ya que por fin alguien se ha atrevido a decir lo indecible, y las personas interesadas en comprender la sociedad tailandesa tienen un nuevo punto de referencia intelectual desde el que trabajar. Escrito con fluidez y basado en una considerable labor de investigación, el análisis de Handley se nutre del conocimiento de la monarquía tailandesa de un amplio abanico de académicos y escritores como Christine Gray, Kobkua Suwannathat-Pian y M.R. Sukhumbhand Paripatra. Sin embargo, su relato va mucho más allá de los parámetros fijados por estos precursores. Su particular enfoque y las prioridades que establece se sitúan muy por encima de cualquier otra biografía al uso (por no mencionar la hagiografía plagada de errores a cargo de William Stevenson distribuida en 1999, *The Revolutionary King*), en la medida en que la idea central del libro descansa en abrir la posibilidad de reimaginar la historia política moderna de Tailandia.

Handley sobresale, por encima de todo, en comprender la importancia de Bhumibol como un actor político. En su opinión, es el principal arquitecto de un persistente proyecto de transformación de una institución monárquica marginada e impopular –en más de una ocasión, al borde de la abolición– en el único y más poderoso elemento del Estado tailandés moderno. Handley ha demostrado su solidez como periodista en el campo de los negocios en el sudeste asiático, gracias a su brillante comprensión intuitiva de la retroalimentación originaria existente entre el dinero y el poder tanto en Indonesia como en Tailandia. Los capítulos del libro que más llamarán la atención a los lectores tailandeses son los que se centran en abordar los numerosos negocios de la familia real gestionados a través de la Crown Property Bureau, una agencia rica en activos. Aunque en el ámbito doméstico predica una filosofía basada en la suficiencia económica, el rey posee todos los derechos de propiedad de muchos de los más importantes terrenos de Bangkok, arrendados a los principales promotores inmobiliarios y a los propietarios de centros comerciales. *The King Never Smiles* no se vende en Tailandia y nunca ha sido discutido abiertamente en los medios tailandeses, a pesar de que numerosas copias circulan en privado entre la *intelligentsia* de Bangkok. Las conversaciones acerca de la monarquía nunca volverán a ser lo mismo.

Bhumibol Adulyadej –el nombre significa «Fuerza de la tierra, incomparable poder»– nació en Boston, Massachussets, en 1927, lo que le convirtió en un raro ejemplo de monarca extranjero que, técnicamente, puede ser candidato a presidente de Estados Unidos. La dinastía Chakri atravesaba entonces un periodo de decadencia. La monarquía absolutista alcanzó su cima durante el largo reinado del rey Chulalongkorn (1868-1910), Rama V, que emuló a las potencias europeas haciendo depender todos los asuntos de una burocracia centralizada moderna y que gozaba de la confianza del

pueblo por haber evitado la colonización directa de Siam. Pero los caprichos de la primogenitura dejaron paso a un voluble y libertino Rama VI que dilapidó el capital financiero y político de la monarquía, al mismo tiempo que fracasó en la tarea de proporcionar un heredero. A su muerte, en 1925, su sucesor, el rey Prajadhipok, tío de Bhumibol, se reveló en el mejor de los casos como un *dbammaraja* desgano. La modernización estaba generando nuevas demandas políticas. Tempranamente, en 1885, algunos miembros de la elite educada en Occidente habían hecho la petición de una constitución parlamentaria. En la Revolución de 1932 se planteó un desafío frontal a la monarquía absoluta. Como resultado, Prajadhipok, de 42 años, incapaz de entender la naturaleza en pleno cambio de la sociedad de Siam, abdicó —un año antes que Eduardo VIII— y se retiró a Surrey.

La abdicación, que carecía de antecedentes, elevó abruptamente al trono a Ananda, el hermano mayor de Bhumibol. Los muchachos sólo tenían la mitad de la sangre azul, debido a que su padre, el doctor Príncipe Mahidol, se había casado con una plebeya. Tras abandonar Massachussets, pasaron buena parte de sus primeros años en Suiza donde recibieron una educación a la europea en un colegio católico de elite en Lausanne. Aprendieron francés, inglés, latín y alemán, pero a duras penas hablaban tailandés. Handley describe fotografías de Ananda y Bhumibol que muestran a «dos niños delgados, alegres y curiosos», a pesar del contraste existente entre la robusta salud de Bhumibol y las frecuentes enfermedades de Ananda. A medida que se hacían adultos, escribe, «ambos se sentían más cómodos con la vida de *bon vivants* adinerados en Europa que con la de príncipes sagrados de túnicas doradas en un Estado empobrecido del Asia tropical». Handley ofrece unas bonitas imágenes de los últimos días de la juventud de Bhumibol, después de que la familia volviera a Bangkok para la coronación de Ananda en 1945:

Fuera de palacio, los hermanos Mahidol acudían a eventos deportivos e iban de vacaciones a Ayutthaya y Hua Hin. Dentro del palacio de Bangkok veían películas estadounidenses recientes y tenían una colección de instrumentos musicales para tocar. El Movimiento de Liberación Tailandés le regaló a Ananda un jeep de la armada estadounidense con el que junto a Bhumibol daba vueltas por las múltiples dependencias del trono y de las capillas existentes dentro de las altas y bruñidas murallas del gran palacio. Igualmente, algunas tardes conducían de incógnito el coche por la ciudad.

La vida de ociosa frivolidad de Bhumibol tuvo un final abrupto en junio de 1946, cuando Ananda fue encontrado muerto en el Gran Palacio de Bangkok, asesinado por una sola bala en la cabeza. El incidente nunca ha sido explicado de manera satisfactoria y aunque Handley expone varias teorías, él mismo las descarta porque ninguna ofrece suficientes evidencias. Desde el principio, el reino de Rama IX se ha visto acechado por la tragedia y quizá sea ésta una de las razones por las que el rey, siendo Asia la «tierra de las sonrisas», raramente sea visto sonriendo en público.

Bhumibol asumió el trono en medio de una complicada coyuntura política. Ninguna de las fuerzas modernizadoras del país –los militares nacionalistas agrupados en torno al mariscal de campo Plaek Phibun Songkhram, o los liberales de izquierda dirigidos por Pridi Bhanomyong– era especialmente útil para la monarquía. Hasta la década de 1950, Bhumibol no encontró un genuino papel que desempeñar: servir como fuerza de legitimación de un régimen militar respaldado por Estados Unidos, que veía en Tailandia un baluarte de la lucha contra la expansión del comunismo en el Sudeste asiático. En 1956 comenzó a medir su fuerza política frente a Phibun Songkhram en sus discursos y en emisiones radiofónicas. Los cortesanos de mayor antigüedad, como el consejero personal del rey Srivisarn Vacha, comenzaron a dar forma a la idea reproducida por Handley: «aparte del constitucionalismo, sólo la dinastía Chakri podía verdaderamente servir a las necesidades de los tailandeses. En su opinión, ésta era una democracia auténtica».

En 1957, el mariscal Sarit Thanarat asumió el poder en un golpe de Estado que –al igual que muchos de los subsiguientes alzamientos– recibió rápidamente la aprobación del trono. En Sarit, de acuerdo con Handley, la corona encontró finalmente a su hombre fuerte; el dictador fortaleció a la realeza, aplicando estrictamente las leyes de lesa majestad, mientras desde palacio obviaban la corrupción en la que estaba envuelto Sarit. Al tiempo que Sarit veía a la monarquía como el socio menor que podía apuntalar el dominio militar, Bhumibol colaboraba con él para asegurar su propia permanencia y expandir el alcance de sus actividades empresariales y caritativas. El rey realizó una gira por las zonas rurales acompañado por su bella consorte, la reina Sirikit, con la que tuvo cuatro hijos seguidos. Esta familia modélica se ganó la admiración de las masas rurales, al igual que la intensa implicación del rey en la microgestión del desarrollo socioeconómico, alimentada por su fascinación por la agricultura y los sistemas de riego. Imbuido por un espíritu de *noblesse oblige*, Bhumibol dedicó considerables energías a esas ideas, que terminó de pulir en la década de 1990 en el marco de la “nueva teoría” de «suficiencia económica», que imaginaba a un campesinado satisfecho alejándose del capitalismo moderno para sacar adelante sus propios proyectos. La suficiencia económica es, todavía hoy, alabada con frecuencia por burócratas, políticos y hombres de negocios, cuando en realidad el capitalismo tailandés crece de manera más desenfrenada que nunca.

Bhumibol ganaba protagonismo político a medida que las infladas fuerzas armadas se veían aisladas de manera paulatina de los rápidos cambios que experimentaba la sociedad tailandesa. La economía tailandesa, sostenida inicialmente por una agricultura basada en la increíble fertilidad de sus planicies centrales, se expandió rápidamente a partir la década de 1960, si bien a costa de los granjeros tradicionales. Bangkok crecía explosivamente mientras los ex granjeros del nordeste y de otras zonas fronterizas acudían a las ciudades en busca de trabajo. Los inversores extranjeros abrían fábricas. Un creciente sector universitario introducía entre los jóvenes más

movilizados socialmente ideas izquierdistas antiestadounidenses. Y Bhumibol, a su vez, se afanaba por mantener un papel prominente para Tailandia en la Guerra Fría. Handley describe un viaje a Washington realizado en 1966 en el que el rey «presionó a Estados Unidos para recrudecer su guerra contra Hanoi, llegando incluso a criticar a Washington el fin momentáneo de sus ataques aéreos en Vietnam del Norte». Asimismo, apoyó fervientemente la contrainsurgencia frente el Partido Comunista de Tailandia. Durante este periodo, la política del país estaba enmarcada por los acontecimientos de mayor calado que se estaban produciendo en Indochina:

En Palacio, el golpe final se produjo con la abolición de la monarquía en Laos a manos del Pathet Lao, el 2 de diciembre de 1975, tres días antes del 48 cumpleaños de Bhumibol. Él y la mayoría de la extensa familia real estaban horrorizados, ya que los tailandeses veían en la monarquía de Laos una corona hermana de la propia con la que ésta compartía las mismas tradiciones, historia e incluso linaje. La caída de Vientiane fue el catalizador final que de nuevo envió a Tailandia a la disciplina militar.

La corona se sintió más identificada que nunca con grupos de extrema derecha como los Village Scout o los Red Gaurrs durante los turbulentos años posteriores a octubre de 1973, cuando un levantamiento popular acabó con los generales al mando del país. Handley le presta especial atención a este violento periodo, así como a los acontecimientos de octubre de 1976, cuando el rey apoyó el regreso a Tailandia de Thanom Kittikachorn, uno de los generales destituidos en 1973. Descrito como uno de los «favoritos personales del rey», Thanom fue inmediatamente nombrado monje en uno de los templos financiados por la realeza. Su llegada sirvió para inspirar las brutales represalias tomadas contra el movimiento estudiantil de izquierdas que culminaron en la masacre de la universidad de Thammasat dirigida por grupos apoyados por Palacio. Handley argumenta que la connivencia de la corona con los hechos violentos de octubre de 1976 desmiente el mito de Bhumibol como un demócrata benevolente. A lo largo de las tres décadas siguientes, el rey se dedicó a mostrar con asiduidad su desprecio hacia la corrupción, la incompetencia y la codicia de los políticos electos, en contraste con la dedicación y la sinceridad de la monarquía y de las fuerzas armadas.

Handley describe la década de 1980 como una «nueva era marcada por la adulación hacia el trono», alentada sobre todo por el ex general Prem Tinsulanonda, que ejerció como primer ministro desde 1980 hasta 1988, a pesar de no haber sido elegido nunca, se convirtió más tarde en mano derecha del rey en sus asuntos más oscuros, y que actualmente preside el Consejo Privado del Rey. Finalmente, una serie de escándalos y protestas a favor de la democracia obligaron a Prem a renunciar al cargo pero Bhumibol, que criticó con frecuencia al gobierno civil que le sucedió, autorizó un nuevo golpe de Estado en febrero de 1991. Handley dedica un capítulo entero al punto muerto en que se encontraba el conflicto entre los generales y los manifestantes que clamaban por una reforma democrática

y constitucional durante la primavera de 1992. En mayo, el gobierno ordenó a sus tropas dispersar las manifestaciones, matando a varias docenas de personas. Tras un ambiguo silencio, Bhumibol convocó al dictador militar, Suchinda Kraprayoon, y al líder de la Confederación por la Democracia, Chamlong Srimuang, a una audiencia televisada, que significó la marcha de Suchinda y supuso el fin de la violencia. Esto es, un *deus ex machina* monárquico.

Las fuerzas realistas han tratado de manera persistente de mostrar a Bhumibol como un activo en el largo, tortuoso y sinuoso camino hacia la democracia de Tailandia, basando sus argumentos principalmente en sus intervenciones «a favor del pueblo» de octubre de 1973 y mayo de 1992. En ambas ocasiones, la tardía reacción del monarca contribuyó a la salida de los gobiernos alineados con los militares. Pero el minucioso análisis de Handley, sugiere que las actuaciones del rey obedecían en último término a sus propios intereses, al promover la imagen de una *dbammaraja* de carácter divino. Asimismo, sostiene con argumentos poderosos que Bhumibol prefirió de manera persistente gobiernos débiles, ineptos y de dudosa competencia así como regímenes de corta duración que dejaban sin cuestionar su mística y su influencia. Al recordar los acontecimientos de 1992, sostiene que «la habilidad de Bhumibol para salvar la situación...ayudó a esconder su clara repulsa por los manifestantes y los movimientos populares». El argumento central de Handley, de hecho, es que el rey nunca se caracterizó por su apoyo a la democracia:

Los esfuerzos por mostrar la monarquía como innatamente democrática tenían que superar un importante desafío, ya que los tailandeses entendían que la democracia implicaba la elección de los representantes del pueblo, una validación que el rey eludía. Como respuesta, la corona sostenía que sencillamente todos los reyes Chakri eran reyes populares que no se habrían mantenido en el trono de no haber tenido el apoyo del pueblo, de haber cometido algún delito o de haber faltado a sus responsabilidades. De acuerdo con esta lógica, Bhumibol y sus predecesores eran en esencia electos. Tal y como el propio rey señaló a un entrevistador: «en realidad, soy un rey elegido. Si la gente no me quiere, me puede echar».

Esta cuestión aflorará con renovada intensidad con el sucesor de Bhumibol. Handley no es Kitty Kelley* pero no se resiste a tratar los enredados asuntos familiares de la realeza tailandesa, especialmente los diversos matrimonios y relaciones del príncipe Vajiralongkorn y de dos de sus hermanas. A pesar de no ser plato de gusto para quien esto escribe, los capítulos 16 y 20 contienen algo más que meros chismes. Los desenlaces y la descendencia de estas relaciones –la mayoría fallidas- atestiguan el problema central de la monarquía tailandesa. Por lo general, los tailandeses

* Kitty Kelley es una famosa autora de libros biográficos sobre celebridades como Elizabeth Taylor, Frank Sinatra y Nancy Reagan. [N. de la T]

desprecian al anterior rey de la vecina Camboya, Norodom Sihanouk, por su carácter notoriamente jovial y entrometido; pero no obstante todos sus defectos como gobernante, Sihanouk abdicó en 2004 a favor de su hijo Sihamoni, posiblemente el candidato mejor cualificado para el puesto. A pesar de su éxito a la hora de restituir el brillo a la corona, Bhumibol ha sido incapaz de encarar el hecho de que Vajiralongkorn inspira escaso respeto entre la población y la perspectiva de su ascenso despierta terror en la mayoría de sus súbditos. En opinión de Handley «los tailandeses reconocen esta debilidad en las credenciales reales del príncipe. Nadie cuelga la foto de Vajiralongkorn en la pared y pocos buscan sus amuletos o desean hacer donaciones a sus obras benéficas».

Un problema que rodea cualquier intento de analizar el papel de la monarquía tailandesa es la cuestión de su autonomía de acción: ¿en qué medida el rey es responsable de la manera en que es presentado al público, de la imprudencia política con la que se actúa en su nombre, o de los negocios de la Crown Property Bureau? Podría sostenerse que Handley se centra en exceso en la figura de Bhumibol, minimizando hasta que punto –sobre todo en la década de 1990– los intereses de la monarquía operaron con el piloto automático, gestionados por una distendida red de personalidades como el presidente del Consejo Privado del Rey, Prem, apodado el «hombre fuerte sustituto» del rey por un erudito tailandés. Este octogenario ex general de caballería es un soltero taciturno dotado de un incomparable listado de números de teléfonos móviles que continúa ejerciendo una influencia considerable en los encuentros oficiales. Nadie osa rechazar las llamadas de Prem y muy pocos se atreven a oponerse a sus exigencias, ya que por regla general se asume que habla en nombre del rey. Pero la «red monárquica» (tal y como yo mismo la denomino) de Tailandia se extiende más allá de Prem, del Consejo Privado del Rey, del ejército y de la elite burocrática para abarcar al sector empresarial, a académicos, a periodistas y a activistas sociales, algunos con conexiones directas con palacio y otros simplemente autoproclamados guardianes de los intereses reales.

Handley se muestra reacio a aceptar que fue la «red monárquica», junto con otros actores políticos, la que llegó al acuerdo de comerciar con la «Constitución popular» de 1997. La nueva constitución equivalió a un importante pacto en el seno de la elite, pensado para subordinar la política a las reglas del juego previstas de cara a la inexorable crisis con la que debe acabar el reinado de Bhumibol, es decir, la de la sucesión. A diferencia de sus predecesoras, la Constitución de 1997 –proclamada en la estela de la crisis financiera asiática de aquel año– despertó un gran interés en la opinión pública y gozó de un elevado nivel de legitimidad. Distinguidos defensores de la monarquía como el anterior primer ministro, Anand Panyarachun, y el reformista social, Dr. Prawase Wasi, que podría considerarse el ala liberal de la red monárquica, jugaron un papel fundamental en este pacto entre la elite. El 2 de noviembre de 1995, pude escuchar a Prawase declarar a un abarrotado salón de actos de Bangkok que Tailandia nece-

sitaba con urgencia una constitución para poder prevenir el desastre de un potencial brote de violencia política tras la muerte de Bhumibol. Ninguno de los medios de comunicación representados en la sala se atrevió a informar de este discurso tan sensato, una de las pocas ocasiones en que la red monárquica levantó la cabeza por encima del parapeto de Palacio.

De acuerdo con esta lectura alternativa, en 1997 Bhumibol podría haber reconocido y aceptado de manera implícita las limitaciones del modelo *dhammaraja* y la necesidad de una mayor democracia. El posterior ascenso de Thaksin Shinawatra, cuyas aplastantes victorias electorales en 2001 y 2005 sirvieron para alimentar su desmedido orgullo y le alentaron a desafiar el poder de la corona, puede haber inspirado la renovada desconfianza real en la política electoral y dado luz verde al golpe de Estado. Evidentemente, Thaksin veía la posición de la monarquía como un obstáculo para el desarrollo de Tailandia más que ningún otro primer ministro anterior, y pretendía reducir la autoridad real. En opinión de Handley, Thaksin «tendía a desairar públicamente a la corona, así como a enfrentarse a los miembros de la familia real entre sí». En un artículo publicado tras la aparición de su libro, Handley ha explicado que el golpe de Estado de septiembre de 2006 era un reflejo del miedo de Bhumibol que no confiaba en la capacidad de Thaksin para gestionar la delicada cuestión de la sucesión del trono. La revocación de la Constitución de 1997, que trajo aparejada la intervención militar, convirtió a la monarquía en un pilar peligrosamente aislado dentro de un paisaje por otra parte carente de instituciones políticas legítimas.

El golpe precipitó a Tailandia a una alarmante deriva. El nuevo primer ministro, el general Surayud, creyó al parecer que el respaldo de la monarquía y su propia autoridad moral situaría a su gobierno interino por encima de las críticas. En su lugar, la Administración encontró una Tailandia sumida en la violencia, mientras las provincias del sur de mayoría musulmana –en las que casi 2.000 personas han sido asesinadas desde enero de 2004– se hallan en una situación próxima a la guerra civil. El trabajo para el borrador de la nueva constitución se vio pronto inmerso en una maraña de politiquero inmanejable. Thaksin aterrorizó al gobierno simplemente por conceder una entrevista a la CNN, y sus aliados políticos se reagruparon. Los inversores extranjeros se asustaron ante los nuevos controles sobre el flujo de capitales que parecían implicar un regreso al nacionalismo económico y el día de Año Nuevo unas bombas explotaron en Bangkok. El golpe respaldado por la corona enseguida se reveló como un desastre.

Pero el desastre más grave de la sucesión está por llegar. El anciano rey tiene una salud delicada y pasa la mayor parte del año semirecluido en su palacio de la costa, en Hua Hin. Los poderes del *dhammaraja* se están aminorando; en 2006 las indicaciones susurradas desde palacio se mostraron insuficientes y fue necesaria la cruda intervención militar para arrancar a Thaksin de su puesto. Paradójicamente, Bhumibol es una víc-

tima de su propio éxito, ya que ha creado unas expectativas irreales sobre el trono de Tailandia. Las redes monárquicas existentes no se hallan lo suficientemente institucionalizadas como para sobrevivir al actual rey. En opinión de Handley:

Probablemente, el inevitable fallecimiento de Bhumibol dará inicio a la desacralización de la monarquía. Sus herederos no reúnen las condiciones para actuar como incipientes Budas, ni sus personalidades encajan en este papel. Deben evolucionar y rehacer ellos mismos el trono antes de que se vean obligados a hacerlo por los medios de comunicación y por una generación de tailandeses con una mejor educación.

Handley ha escrito un libro importante que ya ha generado un debate considerable, tanto dentro como fuera de Tailandia. Muchos lectores tailandeses, y ciertos extranjeros, consideran a Handley un trasgresor simplemente por haber firmado una biografía que trata a Bhumibol como un personaje común que ha pasado la mayor parte de su vida asegurando su propia posición y reformando la política de su país. En efecto, en Amazon aparecieron publicadas un buen número de críticas antes de que el libro saliera a la venta, escritas por personas que todavía no habían leído ni una sola palabra del mismo. Se ha llegado a decir que Handley ha escrito el libro instigado por Thaksin en una acusación que roza lo grotesco. Muchas de las respuestas han sido emocionales y (a menudo inconscientemente) políticas, más que críticas con el libro *per se*.

Estas actitudes no se restringen a los conservadores tailandeses fieles a la realeza. En un artículo de 1972, el antropólogo Herbert Philips explicó que los trabajos académicos estadounidenses sobre Tailandia era «trabajos de admiración», ya que la veneración por la monarquía tailandesa ha condicionado todo comentario y análisis internacional. Pese, o quizá debido a su republicanismo histórico, los estadounidenses parecen tener una especial debilidad por las monarquías. Las leyes de lesa majestad, a pesar del culto a la personalidad que rodea al rey, rara vez requieren su aplicación legal. Incluso, se advierte a los visitantes ocasionales a Tailandia para que no realicen comentarios desdeñosos sobre la monarquía, mientras los académicos y los periodistas extranjeros son avisados con antelación por parte de sus contactos y de sus colegas locales. En este contexto, las palabras de Handley, que aspiran a socavar décadas de propaganda y la mística levantada alrededor de la institución real, se sitúan al borde del sacrilegio. Por extraño que pueda parecer que Handley haya realizado el primer estudio independiente sobre el rey Bhumibol, aún más extraño resulta hasta qué punto, en una era de apertura sin precedentes, la hegemonía monárquica ha asumido una forma de alcance global. Tailandia necesita desesperadamente un debate más libre acerca del papel de su monarquía, que aborde también los méritos relativos del *dhammaraja* y de la democracia. Suprimir la expresión de las preocupaciones colectivas acerca de la sucesión sólo aumenta las probabilidades de la inminente crisis.

Con independencia de lo que los lectores prefieran creer, el libro de Handley no es un arma arrojadiza contra su objeto de análisis, sino que en muchos capítulos el autor da muestras de una evidente empatía hacia él. Al abordar la crisis de 1992, el autor argumenta que «el papel más importante del rey constitucional moderno consiste en mediar en circunstancias irresolubles y asumir el liderazgo ante la ausencia de éste. Bhumibol hizo esto con una habilidad incuestionable». Si bien Handley se muestra claramente escéptico acerca de la perspectiva de remozar verdaderamente la realeza, al final acaba pidiendo una monarquía «comprometida con la sociedad», y reconoce sus logros en lugar de premiar la lealtad. Él prefiere un modelo de reinado más «moderno» e «inclusivo», de hecho, una «monarquía del pueblo» equiparable a la desaparecida Constitución popular de 1997. Quizá esta transición sería mucho más factible si Bhumibol siguiese la trayectoria marcada por Sihanouk y nombrara a su propio sucesor antes de partir.

Entretanto, el culto cada vez más estentóreo a Bhumibol parece dirigido a ahogar los intranquilos rumores acerca de la sucesión. Cuando millones de tailandeses se pusieron las camisetas amarillas en junio de 2006, su euforia apenas servía para enmascarar una forma de negación colectiva del futuro de la monarquía así como de la inestabilidad del orden político y del país en su conjunto. En un reino en el que la violencia late justo debajo de la superficie –violencia que el rey contribuyó a apaciguar en 1972 y 1992, pero que apoyó tácticamente en octubre de 1976– la muerte de Bhumibol amenaza con inaugurar un nuevo episodio de contienda civil. En el periodo posterior a Bhumibol, la monarquía puede dejar de brindar una fuente de estabilidad y continuidad. Ningún orden político puede hacer depender su estabilidad a largo plazo de una única persona, no importa cuán cualificada esté y cuán sabia sea.